

**Narrativa** Andrés Ruiz nos devuelve al terruño soriano

# Dar voz a lo que se ha quedado mudo

**JORDI LLAVINA**

Mediado el libro, uno de los personajes, Ramón Mateo, mientras agoniza en su cama de hospital, recomienda a Miguel, el narrador: "Ponle voz a todo eso que se ha quedado mudo, reseco". Poco antes, el padre de Miguel había sugerido al moribundo escribir una novela con sus recuerdos del monte, algo que don Ramón rechaza de plano porque ya no le alcanzan el tiempo ni el ánimo.

*Los montes antiguos* es un hermoso libro de Enrique Andrés Ruiz (Soria, 1961) que, solo con muchas reservas, podríamos calificar de novela, por

cuanto en sus páginas se entreveran la ficción con el ensayo y este, a su vez, con la poesía. La mirada lírica es la que determina el relato, con su admirable profundidad y extrema capacidad evocadora. Ambientado en el terruño soriano, al abrigo del monte Valonsadero, el asunto del libro es "un puro amor por el pasado, a sabiendas de que se trata de un pasado perdido". La obra me recordó los libros de Vergilio Ferreira, por su facultad de convocar a los fantasmas del ayer y ahondar en el misterio de sus vidas y memoria, pero también ese género de obras como *Las cosas del campo*, de

José Antonio Muñoz Rojas, por el sutil conocimiento de lo tratado, o *El santero de San Saturio*, de Juan Antonio Gaya Nuño, con la que comparte no solo espacio recreado, sino también una inequívoca vocación de fijar literariamente la intrahistoria de unas tierras olvidadas durante el grueso del siglo XX.

Con su inexpugnable firmeza, los montes antiquísimos (con el Pico Frentes erigiéndose casi en símbolo) parecen contrarrestar la insaciable voracidad del tiempo, su inagotable sucesión de usos y costumbres, que se acelera mayormente a partir del último tercio del siglo pasado. Todo, en la obra, parece tener un brillo clásico: la fiesta de San Juan, con sus cabalgadas; las novilladas y los toros; las expediciones al monte en busca de una muchacha rica y de su novio pijo, pero también las solitarias, por amor de lo creado (echarse al monte, "hablar con las rocas y las lechuzas, los zorros, los árboles"); las historias de la guerra; el sinfín de personajes que oscilan entre lo trágico y lo cómico... "¿Cuánto he llegado a amar a los muertos después

de tantas lejanías!", suelta uno de ellos. Y a mí me vino a la memoria el verso de Panero padre: "El alma sueña su propia lejanía".

Un poco más allá: "De las palabras queda un roce en el aire, la piel de la voz. Se pierde al escribirlas". Para nada: Enrique Andrés Ruiz recupera el acervo de las palabras que significan hondamente, y nos las devuelve vestidas con la piel sensible de la voz. ¿Qué bien encierra el tiempo, su libro, y qué bien refleja lo perdido, pero también

**El monte Valonsadero contrarresta la insaciable voracidad del tiempo, su inagotable sucesión de usos y costumbres**

lo inmortal! Tantas cosas que, como escribió en el poemario *Con los vencidos*, "con mi corazón son uno". |

**Enrique Andrés Ruiz**  
**Los montes antiguos**

PERIFÉRICA. 296 PÁGINAS. 19,90 EUROS